



## CAPITULO XXIV.

*En las altas esferas.*

**A**petición del señor Manuel Larrainzar, ministro de Justicia y negocios eclesiásticos, se había convocado á una reunión de gabinete en la sala de despacho del señor general Zuloaga, Presidente de la República, interino, conforme al plan redentor de Tacubaya.

—El señor ministro de Justicia ha instado mucho para que se celebre este consejo extraordinario, dijo Zuloaga, y nos va á hacer el favor de decirnos el asunto importante que lo ha motivado.

—Señores, comenzó diciendo Larrainzar, hoy comienza una época notable para nosotros los que pertenecemos fervorosamente á la iglesia católica, apostólica, romana; hoy da principio la Semana Santa, y como ministro encargado de los negocios eclesiásticos, he creído de mi deber presentar al gabinete un ligero programa de devociones para solemnizar las fiestas del Crucificado.

Lo que menos se esperaban tanto el señor Zuloaga como sus demás ministros, era aquel exabrupto del de justicia, de modo que se miraron sorprendidos, se sonrieron é inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi programa, continuó diciendo el señor Larrainzar, es muy sencillo, y lo traigo aprendido de memoria. Como nosotros somos, sin género de duda, los sostenedores, mantenedores, defensores y redentores de nuestra santa religión, estamos obligados á ser los primeros en manifestarnos religiosos para ejemplo del pueblo y respeto y apoyo de la venerable clase sacerdotal, en esa virtud propongo que toda esta semana la consagremos á ejercicios piadosos, y así hoy lunes lo dedicaremos á la preparación, aunque desde ayer debíamos haber concurrido á bendecir nuestras palmas; mañana martes concurrirémos al tribunal de la confesión, el miércoles á la ceremonia de la Señá y á las tinieblas, el jueves recibiremos todos, pero todos los que componemos el poder público, la comunión, después visitaremos los altares y rezaremos las estaciones por las calles, como conviene á los buenos cristianos; el viernes concurrirémos al Aposentillo, á las tres horas y á la procesión del Santo entierro. . . . .

—Y el sábado á que nos cuelguen, dijo Zuloaga riéndose.

Pero como los demás no se rieron, sino que permanecieron muy graves, inmediatamente agregó el primer magistrado:

—Es una chanza. Ahora hablando formalmente, repuso, me parece que muchos tenemos una grave dificultad para asistir á la comunión.

—¿Cuál? preguntó Larrainzar.



—La de que estamos excomulgados por haber jurado la Constitución.

—Todas las penas impuestas á ese horrible pecado han sido levantadas por una autoridad eclesiástica competente, por el Ilustrísimo señor Obispo Munguia, á cuantos se opongan á aquel aborto legislativo, con el solo hecho de adherirse al plan político de Tacubaya.

—Es verdad, dijeron los demás ministros.

—No habiendo tal inconveniente, iremos todos á comulgar, contestó Zuloaga.

El programa de Larrainzar, con pequeñas modificaciones, fué aprobado en junta de ministros.

Como una bomba cayó sobre los empleados y funcionarios la circular y sobre los militares la orden, que se expidieron inmediatamente después de la junta de ministros, para que todo el mundo se confesara y comulgara el jueves santo, á cuyo efecto había de concurrir todo el elemento gubernativo bien peinado, uniformado y dispuesto, á los oficios divinos que con tal objeto se celebrarían en la Catedral.

Cuando los generales Zuloaga, Parra, Castillo, Gutiérrez y otros estuvieron juntos en la presidencia acordando los pormenores de la ceremonia militar respecto de músicas, vallas y asistencia, el general Parra, que era muy *mochó*, pero á la vez muy despreocupadote como jalisciense, al tratarse de lo de la confesión y la comunión soltó la carcajada exclamando:

—¡Cómo! ¿también su excelencia el señor Presidente va á comulgar?

—También mi excelencia, contestó Zuloaga riéndose. ¡Miren ustedes nomás en qué apuros me han puesto y me

siguen poniendo esos condenados beatos que se llaman mis ministros!

—¡Alto, señor Presidente! Yo también soy ministro y no soy beato.

—Pero usted no concurrió á la junta.

—Parece que olió lo que iba á tratarse, porque si he estado presente, de seguro suelto la risa y comprometo la gravedad del gobierno.

—Que concurra el gobierno á las ceremonias, dijo Castillo, santo y muy bueno; pero eso de ir á rezar por las calles, es ridículo.

—Sobre todo, agregó Zuloaga, cuando tantos de los que tenemos que recibir la comunión y rezar las estaciones, no sólo juramos la Constitución, sino que anduvimos por los pueblos hasta apedreando las imágenes de los santos.

—¿Pero á quién son debidas tantas exigencias?

—Primeramente á mis ministros, y con especialidad á Hierro Maldonado que se ha comprometido. . .

—Que se ha comprometido á qué? preguntaron Gutiérrez y otros generales.

—Voy á hablar con franqueza, prosiguió Zuloaga: mi ministro de Fomento y Hacienda, don Juan Maldonado, está negociando un empréstito, mejor dicho, un auxilio, porque el empréstito nunca se pagará, con el venerable cabildo eclesiástico de esta diócesis, y me parece que el Dean ó algún otro personaje del clero ha sugerido la idea, casi con el carácter de condicional, que para que todos los señores sacerdotes que están dispuestos á prestarnos uno ó dos millones que necesitan Osollos y Miramón para la campaña, no se arrepientan, es conveniente que se haga algún alarde de religiosidad por parte del gobierno,



precisamente teniendo en cuenta que somos muchos los que juramos la Constitución.

—Ya comprendo, exclamó Parra, lo que quiere el clero es que matemos *gachupín*.

—¿Qué es eso? preguntó Castillo.

Entonces Parra contó el cuento aquel de que los insurgentes muy desconfiados como Morelos, no llegaban á admitir á ningún realista convertido, sino cuando tenían la prueba de que había matado á un español de los que militaban en contra de la independencia.

Una vez convencidos todos los militares, funcionarios y empleados, de que no tenían más remedio que comulgar y rezar para que el clero soltara los millones, y para dar una prueba evidente de que el gobierno no sólo era adicto, sostenedor, amigo y compadre de la religión, sino observante humilde de las prácticas que tenía establecidas la iglesia para sus fieles, una vez que se supo que aquello era una exigencia ineludible de la política nueva que reinaba, la cual podía llevar el apodo de dictadura clerical, todos corrieron á las iglesias á buscar padres con quienes confesarse, formándose una romería oficial muy chistosa.

Los periódicos de aquella época, que eran todos redactados por conservadores, como «La Sociedad», el «Diario de Avisos» y el «Diario Oficial», pues no había prensa libre como diremos luego, contenían largas y apetitosas reseñas sobre las composturas de la Catedral, sobre cómo el Exmo. señor Presidente y los Exmos. señores ministros y sus excelencias los señores generales se sentaron bajo palio, los unos con sus augustas familias y en sillones dorados, los otros con sus familias menos augustas, para asistir á los oficios divinos, y cómo llegada la vez, todas esas

excelentísimas personas, de ambos sexos, recibieron la sagrada eucaristía de las manos santas del Ilustrísimo, reverendísimo y eminentísimo prelado. Lo cierto fué que no hubo campanas, porque en los días santos no se repica, ni hubo cañonazos, ni cohetes, porque solamente hasta el sábado es cuando se queman los judas; pero en cambio hubo músicas que tocaron muy piano, hubo cánticos sagrados, hubo muchas ceremonias y lucieron muchas joyas las damas y muchos entorchados y cruces los militares, habiendo también personajes que llevaron cordones y cruces de la orden distinguida de Guadalupe, ya entonces difunta.

También se dijo que el señor Presidente, ministros, generales, empleados y funcionarios que componían la administración, habían ayunado y comido de vigilia casi toda la semana.

Lo que sí se vió con gran contentamiento de las damas y el clero, y con grande admiración de las gentes sencillas del pueblo, fué que por la tarde del jueves el señor Presidente con ministros y funcionarios, acompañados de una música y de muchos soldados, salieron de palacio con las cabezas descubiertas, con velas de cera en las manos y dirigidos por varios sacerdotes revestidos de todas sus insignias, rezando á voz en cuello las estaciones, y que recorrieron en son de mogiganga las calles de Plateros, de San Francisco, del Reloj, de Don Juan Manuel, etc., para visitar, siempre rezando en voz alta, las iglesias de la Profesa, de San Agustín, de San Francisco, de Santa Teresa y de Santo Domingo.

Apenas terminada la gran maniobra religioso-política de las estaciones, todo el concurso oficial se dirigió á la iglesia metropolitana á ofrecer el rezo con gran ruido de



cánticos, y luego ocuparon sitios para seguir presenciando las demás ceremonias del rito correspondientes á la tarde y noche del jueves santo.

El viernes santo, según estaba acordado, el gobierno con todos sus acólitos pasaron el día en la Catedral y en otras iglesias para celebrar el aposentillo, la oración del huerto, las tres caídas, el vía-crucis, las tres horas, el descendimiento, el santo entierro y las demás ceremonias correspondientes.

A las diez de la noche que cesó el tragín, dijo Parra muy rendido á la oreja del Presidente:

—Si para el otro año nos dan la misma soba, prefiero dejar la cartera.

—Y yo la Presidencia, contestó Zuloaga.

De tal manera quedaron impresionados los ánimos con todo aquel boato y con todo aquel aparatoso enjambre de ceremonias religiosas y civiles, que el periódico «La Sociedad» no pudo menos que lanzar por primera vez la gran idea, la salvadora idea de que para que todas estas grandes conquistas no se perdieran, había que solicitar la protección decidida y fraternal, ó paternal más bien, de alguna potencia europea que pudiera contrarrestar con fruto las simpatías que demostraban los Estados Unidos por los liberales de México. Esto es, el partido conservador y clerical propuso ya directamente una intervención extranjera: poco después fué cuando empezó á hablarse ya con formalidad también de un príncipe extranjero, apoyado por las potencias, que fuera católico, para que apoyara á su vez al clero con todos sus bienes y preeminencias y al partido conservador.

A fines de Abril, cuando tanto Osollos y Miramón, como Echeagaray, como los dos hermanos Cobos, como

Negrete, como los demás generales que se encontraban en campaña pedían recursos con apremio y no podía mandárselos el gobierno, Zuloaga se encaró con Hierro Maldonado, su ministro de *finanzas*, y le dijo:

—Ya fuimos á las iglesias, ya rezamos, ya comulgamos para que el clero nos proporcionara uno ó dos millones de pesos, se ha pasado un mes y no nos ha dado ni cuartilla, ¿qué sucede pues?

—Sucede, señor Exmo., contestó el ministro, que los canónigos y todas las demás reverencias de la iglesia están celebrando cabildos para determinar alguna cosa, y según me informan, las discusiones son acaloradas, ya porque unos alegan que no hay dinero contante disponible sino en algunos conventos ricos, ya porque otros se oponen á que se hipotequen las casas ó á que se nos den escrituras para que nosotros las negociemos.

—Que no le pongan á usted los ojos verdes, señor ministro, cuando yo me pronuncié, es decir, antes de que me pronunciara, para decidirme á dar el golpe, me llevaron á ver el tesoro de la iglesia y me enseñaron muchos miles de talegas amontonadas, manifestándome que todo aquello serviría para ayudarnos á constituir y sostener un gobierno en caso que yo me resolviera á echar á pique el de Comonfort. Aquel Presidente fué mi amigo y mi sostén contra los liberales que no me querían aceptar, y si yo cometí la ingratitud al ponérmele enfrente, fué obligado por las promesas que me hizo el clero y que ahora debe cumplir. Es preciso que las cumpla ya, señor ministro, pues que hasta ahora apenas nos habrá ayudado con unos veinte mil pesos, y á mí me hizo creer que tenía á mi disposición lo menos unos veinte millones.

—Hoy mismo voy á hacer mérito de esos ofrecimien-



tos con los sacerdotes de más influencia, dijo el ministro.

—Porque, continuó con tono bastante molesto el Presidente Zuloaga, si no nos ayudan, y muy pronto, van á suceder una de dos cosas ó las dos cosas juntas, lo que también les dirá su excelencia á los señores prebendados: que los generales se nos pronuncien ó que nosotros mismos nos veamos obligados á reconocer el gobierno de Juárez, que al fin y al cabo es el legítimo.

El ministro se puso horriblemente pálido ante estas palabras, y no pudo hacer otra cosa más que inclinarse humildemente.

—Observo otra cosa, siguió diciendo Zuloaga exaltándose cada vez más con sus propias palabras, que todos los gobernadores, que todos los comandantes militares, que todos los caciques que dependen de nuestra administración, están despachándose con la cuchara grande, sin que nadie les vaya á la mano. Todos se han revestido de facultades extraordinarias, todos decretan préstamos, imponen contribuciones y se echan compromisos, sin que de acá se les pueda decir nada porque contestarían que no se les da dinero y que no están dispuestos á morir de hambre, de modo que estamos dando el escándalo de vivir en plena anarquía, cuyo estado de cosas no puede prolongarse, si no queremos hundirnos.

—Todo gobierno nuevo tiene sus dificultades.

—Es cierto que todo gobierno nuevo necesita organizarse; pero también es verdad que en cinco meses no hemos podido dar ni un solo decreto salvador para que nos proporcione elementos, á cambio del que dimos quitándonoslos aboliendo la desamortización de los bienes de manos muertas, que fué la gallina de los huevos de oro de

la anterior administración. ¿Cuándo veremos á nuestro ministro de *finanzas* con un proyecto de su invención para crear recursos sin apelar á la caridad avara de los clérigos?

El ministro se puso rojo como una amapola y contestó balbuceando:

—Pronto tendré la honra de someter uno á la consideración de Su Excelencia.

Y como de las deliberaciones que tuvieron por muchos días los jefes de la iglesia metropolitana resultó que sí había disposición de ayudar al gobierno hasta con un millón y medio de pesos, pero que no habiéndolos, se le darían doscientos mil en partidas, y algunas escrituras y promesas, con todo lo cual no podía salir el gobierno del gran atolladero en que estaba metido, el ministro de Hacienda presentó el gran proyecto que había ofrecido, el 13 de Mayo.

—¿Qué es esto? preguntó Zuloaga.

—Es el decreto salvador: un proyecto para que se pague por una sola vez una contribución extraordinaria sobre todos los capitales, el cual rendirá, según mis cálculos, de dos á tres millones de pesos.

—¡Pues que se publique! exclamó Zuloaga.

Y para sus adentros se dijo:

—Esta ha de ser una de tantas barbaridades; pero en fin, que coma la tropa, y después de nosotros el diluvio, como dijo el otro.

Efectivamente resultó el decreto una gran barbaridad, porque fué á herir muchos intereses que estaban tranquilos, y los primeros que protestaron fueron los extranjeros, manifestando que ellos no podían ayudar con



su dinero á que se estuviera manteniendo viva la guerra civil, y acudieron á sus representantes diplomáticos para que los defendieran.

Entonces se dió otro decreto diciendo que ninguna autoridad podía gravar con ningún préstamo ó contribución los bienes de los extranjeros, lo cual hizo que á su vez los mexicanos ricos dieran muestras del mayor disgusto, empezando á renegar de sus regeneradores, tanto más cuanto que suponían que aquel era un gobierno que pertenecía á la iglesia, y á la iglesia correspondía mantenerlo.

Quizá alguno de los pocos periódicos que se publicaban, se atrevió á decir algo sobre el particular, y algun otro manifestó que no habiendo ley de imprenta, los escritores estaban sometidos á procedimientos arbitrarios, lo cual los ponía en peor condición que los delincuentes comunes.

Entonces se reunió el gabinete, hubo una discusión muy animada, y el ministro de la gobernación, señor Elguero, propuso para zanjar las dificultades, que se declarara vigente sobre asuntos de imprenta la ley llamada de Santa-Anna.

—Hombre, muy bueno, gritó el general Parra, para que así todos los escritores que se propasen vayan á dar á San Juan de Ulúa.

—¡Canastos! exclamó por su parte Zuloaga, ahora aparte de llamarnos *mochos*, nos van á llamar también santanistas.

Cuando salieron Larrainzar, Elguero y Hierro Maldonado de la Presidencia, se comunicaron el pensamiento que desde días atrás venía haciéndoles cosquillas en el

magín y que ninguno se atrevía á externar, dicho pensamiento fué este:

—Es necesario ver cómo nos quitamos este Presidente que es un poco estúpido y nada apropiado para la situación. Desde mañana le buscaremos un sustituto.





una carta muy afectuosa que le había de servir en cualquier tiempo y ante cualquier personal administrativo de la Capital, como de seguro pasaporte y muy amplia recomendación.

Adrián casi imprimió los labios en aquella carta que consideraba había de ser en lo futuro su mejor talismán, y recibiendo apretones de manos y muchas expresiones de gratitud, de cariño y de aliento de parte de los ministros, montó á caballo y se volvió para sus terrenos, seguido de un puñado de hombres que comenzaron ya á tratarlo y á verlo como persona de importancia.

Los Supremos Poderes tomaron poco descanso y continuaron su viaje para la ciudad de Colima á donde pensaban establecer el gobierno ambulante de la República, mientras pudiera conservarse la plaza contra los terribles embates de los Macabeos, escoltados aquellos por algunos centenares de hombres armados bajo el mando del general don Santos Degollado.

Es del caso referir aquí que, aunque don Benito Juárez y sus ministros habían visto á Parrodi muy desmoralizado, como éste había quedado indeciso sobre la conducta que había de observar, máxime cuando había sido nombrado ministro de la guerra, todavía abrigaban esperanzas ó de que se resolviera á hacer una resistencia tenaz en Guadalajara, siquiera para entretener algunas semanas al ejército de Osollos para que entre tanto tomara cuerpo la revolución en otros Estados, ó de que se retirara para el Sur con sus mil y tantos hombres, que siempre hubiera sido un buen pié veterano para organizar un regular ejército; pero ya hemos dicho que Parrodi no era un militar de aventuras, y que había dado por terminada su misión sin que lo hubiera alhagado la cartera de guerra, la cual con-



CAPITULO XXV.

*El nuevo guerrillero.*

LA pequeña guerrilla organizada en Santa Ana Acatlán por el joven dependiente, fué escoltando á los Supremos Poderes hasta Sayula, en donde se habían reunido ya algunas fuerzas liberales en torno del gobierno de Oga-zón, así como de los generales Degollado, Rocha, Contreras Medellín y otros cabecillas procedentes de Jalisco y Michoacán.

Don Benito Juárez hubiera querido despedir á Adrián dándole alguna buena recompensa por el gran servicio que había prestado á la causa de la República, salvando por dos veces en una noche el personal del gobierno; pero se encontraba en la inopia, y el joven nada habría querido aceptar de dinero, una vez que se conocía á la legua que no le llevaba ningún interés mezquino más que el patriotismo por una parte, y por la otra sus simpatías hacia la bandera constitucionalista. Don Benito, pues, no le dió más que



sideraba como un estorbo, no viendo en torno suyo tropas suficientes organizadas sobre las que pudiera ejercer una acción provechosa, decidiéndose por tanto á la sumisión al gobierno de Tacubaya bajo condiciones que estimaba honrosas para un general capitulado. Así es que la tal capitulación no dejó de ser un golpe magno para el gobierno constitucional que ya no tuvo por asilo seguro la ciudad de Colima á donde había llegado felizmente, no habiendo quedado atrás una fuerza competente para que defendiera los pasos abruptos de las barrancas de Atenuique, la Cañada y Beltrán.

Entonces el gobierno calculó que de todas maneras iba á quedar allí muy arrinconado, con difícil comunicación para entenderse con los pocos Estados que permanecían leales, y como había recibido seguridades de que Veracruz se sostendría hasta el último extremo y noticias de que por aquellos rumbos habían conseguido algunas ventajas apreciables las armas constitucionalistas, resolvió embarcarse en el puerto de Manzanillo, para ir á buscar, cuando se pudiera, un refugio en las costas veracruzanas, desde donde extender su influencia en una zona más amplia y más importante.

Se convino entonces en nombrar ministro de la guerra y general en jefe del ejército que se organizara en los Estados del interior, con amplísimas facultades, al general don Santos Degollado, de quien no se podía esperar ni una defección ni una debilidad, pues que demasiadas pruebas había dado de que era tenaz, valiente, organizador y patriota.

Degollado contestó á aquella muestra de confianza diciendo:

—Estimo esto más que si estuviéramos en la Capital

al frente de todos los elementos posibles, porque se me considera apto para luchar con la adversidad. No tengo ni un peso, ni un soldado de los que se llaman veteranos, ni algo que me pueda ser útil por el momento para emprender y dirigir una campaña cualquiera; pero el nombramiento que llevo en mi poder para el Interior me dará prestigio, y con él espero poderme rodear de muchos y buenos patriotas que, aunque no sean militares, sepan luchar por la buena causa. El gobierno puede ir seguro de que no me faltarán ni la lealtad ni la resolución para representarlo por acá dignamente. Solamente que muera en un encuentro, no lograré llegar con un ejército á la Capital de la República antes de nueve meses.

Don Benito Juárez permaneció muy serio, y los ministros se sonrieron con estas palabras de don Santos, considerándolas como una fanfarronada; pero de todas maneras le dirigieron flores llenas de cariño y se despidieron, no sin que les palpitara el corazón lleno de angustia, pensando en su interior que quizás no volverían á verse nunca, cuando tantos obstáculos había que vencer para alcanzar una victoria destinada sin duda para otras generaciones menos infortunadas, pues la fé en el porvenir ninguno la perdía, aunque se vieron como estaban en la más desesperada de las situaciones.

Don Santos Degollado regresó á dar organización á las pocas fuerzas que había esparcidas en los pueblos del Sur de Jalisco, viviendo con trabajos á expensas de la gente pacífica, y los Supremos Poderes continuaron su larga peregrinación embarcándose en el Manzanillo para ir á San Francisco de California, primero, después á Panamá y por fin al Golfo de México, para desembarcar cuando se pudiera en Veracruz ó en el lugar de la costa que les ofre-



ciera alguna confianza, para continuar la lucha por el triunfo de la legalidad constitucional.

Después veremos cómo Juárez y sus ministros llegaron sanos y salvos á Veracruz, y hablaremos de la recepción no sólo cordial sino entusiasta que se les hizo, con todo lo cual pensaron que tal vez habían logrado llegar después de tantas fatigas á seguro puerto.

Ahora tenemos que volver al Sur de Jalisco, en donde también el nombramiento de don Santos Degollado había sido del mejor efecto, tanto como lo había sido de muy malo el de Parrodi.

Ogazón, Rocha, Contreras Medellín, Díaz, Gruz Aedo, todos los que se habían reunido en Sayula, dijeron á una voz:

—Ahora sí se están depurando nuestras filas.

No querían que militaran en ellas ni los que habían pertenecido al ejército permanente de Santa-Anna, ni los que habían contemporizado con Comonfort, ni los que se habían inspirado en los principios indecisos de Doblado, ni los que de cualquiera manera habían tenido puntos de contacto con el moderantismo ó con la reacción. Todos aquellos patriotas decían:

—Defendemos la causa del pueblo, así es que del pueblo deben surgir los defensores de la Constitución: con el pueblo mexicano nos sobra para triunfar de los clericales, de los facciosos, de los reaccionarios, de los moderados, y sobre todo, del militarismo, que ha sido el que ha impuesto los yugos más odiosos á la República.

Desde la derrota de Salamanca en que habían defecionado al frente del enemigo los tibios y los moderados, los generales permanentes y los que con ellos simpatiza-

ban, comenzaron los liberales á ver con ojeriza á todos ellos y á propagar la doctrina de desmilitarizar á la República.

—Se van los militares de profesión á las filas contrarias! decían los tímidos.

—Pues que se vayan, contestaban don Santos Degollado y los suyos, nosotros no los necesitamos. Quien queremos que esté con nosotros es el pueblo. Del pueblo tienen que salir los héroes que sepan defender la libertad.

Y de las filas del pueblo salió toda aquella cohorte de valientes que tantas veces hicieron morder el polvo á los brillantes Macabeos!

Nuestro joven Adrián . . . había regresado, según dijimos, de Sayula á los alrededores de Santa Ana Acatlán, ya fuera con la esperanza de ver á Refugio ó para tener noticias de ella y servirla en algún caso imprevisto, de protector; pero con la idea también de engrosar sus filas con algunos jóvenes de la localidad que lo conocían y que simpatizaran con la causa que estaba defendiendo.

Nada sabía de lo que hubiera pasado en el pueblo después de su salida, así fué que su primer cuidado al acercarse, fué mandar á uno de sus muchachos de confianza, que siendo lo suficientemente despierto no inspirara sospechas, ó á lo menos muchas sospechas, siendo como es tan difícil que en una población pequeña no se sepa todo y que no se conozcan los secretos de todo el mundo, de todo el pequeño mundo, se entiende, en que están habituados á vivir.

El enviado de Adrián se llamaba Nicolás Ramírez: no le dió papel ninguno porque no fueran á registrarlo y se lo hallaran; pero sí le dijo:



—Además de lo que te he dicho, Nicolás, te hago los siguientes encargos: vas por la casa donde vive Refugio y procuras verla y hablarla, diciéndola que estoy con salud, y que lo mismo le deseo á ella, así como que haya vuelto ya la serenidad á su alma después de los pasados sucesos. Ella te dirá lo que me has de decir á mí después que la hayas dicho de mi parte que mucho la recuerdo, y que mucho deseo que ella y todos los suyos estén sin novedad. Te informas de lo que haya hecho Pedro Ordóñez, de si saben por dónde anda si es que no está en el pueblo, y de todo lo demás que tenga relación con su persona y con su familia. Te informas también con mucho cuidado de lo que pasó con el señor Iniestra, pues como nosotros nos hemos venido por travesías y no hemos encontrado á nadie que nos dé noticias, ignoramos cuál fué su paradero, lo mismo que el rumbo que tomaron las tropas del gobierno que iba mandando el coronel. Después llegarás á la tienda, darás recuerdos míos á mi tío y á los dependientes, y les dirás que me manden contigo lo que gusten si no están enojados, y entre otras cosas, alguna ropa blanca, cualquier libro para leer en los ratos perdidos, y lo demás que se les antoje y tengan por conveniente, ofreciéndoles que allí estaré luego que se acaben mis compromisos.

Nicolás dejó el caballo para entrar al pueblo por entre los cañaverales y llamar menos la atención, y antes que todo entró en su casa que era un jacalón en medio de un pequeño solar situado en los suburbios, y allí le dieron los primeros informes. Todos los del pueblo sabían quiénes habían tomado partido por Pedro y quiénes por Adrián, estando la mayor parte en favor del primero, porque defendía la santa religión, y no por el segundo que defendía á un indio sin creencias y bueno para nada, una

vez que no llevaba ni espada ni pistola, ni metía siquiera las manos cuando lo atacaban, de modo que no siendo general ni sabiendo pelear, era cuento perdido eso de ponerse á su favor.

—Bueno, bueno, les dijo Nicolás, ¿y Pedro, en dónde se encuentra?

—Pedro se encuentra, según dicen, en Guadalajara, á donde se fué con el coronel Landa que estuvo allí afuera.

—¿De modo que Landa no estuvo aquí algunos días?

—No llegó á entrar siquiera, y cuando lo buscó por la mañana el señor Iniestra, ya había desaparecido, porque dizque tuvo noticia por Pedro de que una fuerza muy grande estaba ya con el señor Juárez.

—Pero esa fuerza muy grande fuimos nosotros, ¡cuatro gatos!

—Otra ha de haber sido la que vió Pedro, que dizque le mataron á tres que se enterraron al día siguiente, saliendo todos los demás heridos, pues hasta el mismo Pedro sacó un rosón en una oreja.

—¿Y no se quedó aquí curándose al día siguiente?

—Al día siguiente nadie lo vió. Por la noche fué cuando lo curaron en la botica, y eso muy de carrera, para que no fueran á cogerlo los soldados que andaban rondando en el pueblo, el caso fué que por la mañana ya sólo se recogieron los muertos y algunas armas que había tiradas, y el señor Iniestra cogió por un lado y el señor Landa cogió por otro, y ya nadie volvió á verlos.

Nicolás tomó los demás informes que consideró convenientes, y al oscurecer se dirigió á la casa de Refugio, á la cual encontró en la puerta casualmente por haber aca-



bado de salir acompañando al cura, quien había estado allí á confesar á doña Juanita que había caído enferma con los sustos que había recibido. De pronto Refugio se sorprendió; pero á las primeras palabras que le dijo el muchacho, se puso al corriente del asunto, manifestándose tan regocijada que en vano lo quiso disimular.

—Y Adrián, ¿está bueno?

—Está bueno, contestó Nicolás.

—¿No corre ningún peligro?

—Ninguno. Está á dos leguas de aquí en un rancho de un amigo.

—¿Y por qué no se viene?

—Porque dice que está muy comprometido.

—Pero ya acabó todo, ya puede venirse.

—Vendrá mañana quizás, cuando yo le diga que no hay ninguna fuerza; pero él no quiere venir sino cuando tenga veinticinco hombres.

—¡Virgen María! ¿Pues acaso ya se hizo militar?

—Sí, señorita: tiene un nombramiento de comandante que le dió el señor Juárez.

—Pues me harás el favor de decirle que se quite de esas locuras y que se venga á la tienda á trabajar como siempre.

—Es imposible que se venga ya de pacífico mientras dure la revolución.

—Dime todo lo que te haya dicho que me dijeras.

Nicolás se lo dijo todo, y algo más, porque era verboso, y temiendo ella que fueran á encontrarla allí hablando con un hombre, ofreció dar á Nicolás la respuesta por escrito antes de las ocho de la noche.

Mientras que Refugio escribía, Nicolás se fué á la tienda del tío de Adrián, y allí produjo la misma sensación.

Nadie aprobaba que el joven dependiente se hubiera metido á guerrillero, porque guerrillero quería decir tanto como ladrón, según el lenguaje de la época, y ninguno quería que un muchacho tan bueno como Adrián, se hiciera bandido, y mucho menos aún, capitán de bandidos. Pero en vista de que Nicolás manifestó la resolución que aquel había tomado de no entrar en el pueblo sino cuando tuviera una fuerza regular bien organizada, que sirviera para dar garantías y no para asustar á nadie, le dieron la ropa y cuanto pedía, agregando el tío un regalo particular para su sobrino, que consistía en una botella de cognac para cuando tuviera sed, y una bolsa con cincuenta pesos para cuando el gobierno no le diera recursos, que esto había de ser desde el lunes hasta el domingo todas las semanas.

Una vez que Nicolás hubo recogido la carta de Refugio y una cajita pequeña de cartón que ella agregó como un recuerdo para Adrián, el emisario salió del pueblo, á pié, y fué á recoger su caballo que le había traído un compañero á un punto inmediato de antemano convenido.

Adrián aguardaba impaciente á Nicolás, recogió todo lo que se le enviaba y después de dar algunas órdenes para el alojamiento de su tropa que ya se componía de quince hombres, montados y armados á su costa, entró al cuarto que se le había destinado por habitación en el rancho, y á luz de la vela leyó la carta de Refugio que decía así:

« Te escribo apresuradamente estas líneas, mi amado Adrián, para decirte en primer lugar que ni tu tío, ni el señor cura, ni mi familia, ni nadie, aprueban lo que has hecho, y sólo yo que sé que tengo la culpa de todo, me



resigno y sufro las consecuencias. Yo bien sé que aquí ya no has de poder vivir, porque es seguro que Pedro, que es muy malo, ha de volver con soldados, y seguramente si te encontrara te mataría, porque dicen que lo ha jurado, y así no sé qué aconsejarte, porque tanto temo al vengativo Pedro como que tú andes expuesto en los peligros de la guerra, sin necesidad. Tú eres juicioso y bueno, y sabrás lo que has de hacer, seguro de que yo siempre te he de querer, siempre te he de ser fiel y siempre te he de encomendar á Dios en mis oraciones. Mi mamá se enfermó con tantos sustos como hemos tenido y hoy se dispuso, aunque el médico dice que tiene muchas esperanzas de que se restablezca. Mi padre te ha cobrado más aborrecimiento con los chismes de Pedro, y dice que jamás consentirá en que yo sea tu mujer. Como me quiere mucho tengo esperanzas de convencerlo con el tiempo. Cuídate mucho, y luego que puedas no dejes de venir á verme.—Tu Refugio que te ama y que te jura serte fiel hasta la muerte.

Adrián leyó diez veces esta carta. Después abrió la cajita de cartón y se encontró allí un cordón de seda con una medalla de plata en que se encontraba la estampa de la virgen. La cubrió de besos, se la colgó en el cuello y dijo conmovido:

—Este ha de ser mi talismán.

Llamó luego á Nicolás que estaba de pie afuera esperando órdenes, el cual entró y le estuvo dando todos los informes que había recogido en el pueblo y que ya conocemos.

Cuando iban á separarse, Nicolás agregó:

—Mañana se han de venir con nosotros unos cuatro ó cinco muchachos más, que se quedaron consiguiendo armas y caballos.

—Buéno, bueno, exclamó Adrián casi delirante de gozo, cuando completemos veinticinco nos acercaremos á Guadalajara y haremos temblar al mundo.

Inútil es agregar que tuvo aquella noche los ensueños más deliciosos.

